

ANTÒNIA PONS VALLDOSERA
LA MEMORIA ROTA

COLECCIÓN TIRIS
SEVILLA 2017

© 2017, Antònia Pons Valldosera
© Obra Cubierta y Contracubierta, Aure Gallego
© Arma Poética Editorial

.....
Diseño y maquetación: Jaime Romero
.....

ISBN: 9788494627644
Depósito legal: SE 1086-2017

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

www.armapoetica.org
editorial@armapoetica.org

El silencio de las nubes

A las nubes no les quedan pastores.
Nómadas taciturnas
tras los rebaños de dromedarios,
las risas de los niños, los frigs de jaimas,
los pozos verdes y las melfas cantarinas...
Todo es distinto.
Se fueron...
y vino el silencio
a cubrir la infinidad
de narcótica pausa.
Adormece al río,
al viento enmudece,
vacío... en la mirada,
en la palabra... intención.
No queda nada.
La sombra de las nubes consuela a una huérfana acacia.

Zahra Hasnau

PRÓLOGO

Si hubo amor, los que mueren viven otra vida en nosotros. Al menos hasta que nuestra muerte nos vuelva a elevar a la vida en los que atrás dejamos. Y así sucesivamente hasta el comienzo y el fin de los tiempos.

La memoria rota es una novela de voces que despiertan el recuerdo. Carlos y Brahim viven en Helena y Manna recomponiendo los trozos de memoria esparcida en el tiempo, dando al presente una segunda oportunidad.

Las vidas de Helena y Manna, marcadas por la pérdida, salen adelante a base de remendarse muchas veces, de coser y recoser los pedazos de lo que fue, para componer un presente que no ahogue el futuro. El futuro de María y Mariam.

Es la historia de una amistad forjada para encontrar refugio a la vida. La vida de fuera, la del Sáhara español de los setenta, con sus disensiones y sus conflictos, un paraíso a punto de mudar en infierno. Es, en definitiva, la historia reciente del pueblo saharauí. Una historia que espera su desenlace en medio de un desierto pedregoso, muy diferente al de suaves dunas que mueren en el mar, que es el que por derecho le pertenece.

Antonia construye esta novela sin ambages, con la pizca de crudeza necesaria y borbotones de ternura de la buena, de la que nunca sobra ni empalaga.

Siempre dice que no eligió la causa saharauí. La causa saharauí la eligió a ella el día en que una niña de ojos infinitos llenó su casa de arena... El resto lo hizo el desierto, porque una vez lo pisas, jamás desaparece de tu vida.

A Antonia y a mí nos unen el Sáhara y el veneno del desierto. Eso y una relación a la que podemos llamar epistolar; a lo moderno, pero epistolar al fin y al cabo. Palabras, muchas palabras, pero nunca huecas. Sé por fotografías que es una mujer menuda. Y por la voz escrita, sin embargo, la definiría como menuda mujer.

Todo esto lo digo porque sé por experiencia que es fácil llegar a su ser mediante sus palabras. Y aquí, en La memoria rota, hay mucho de Antonia resbalando por la piel de Helena y Manna.

Luisa Sánchez

PREÁMBULO

El frío mordiente de la habitación despertó a María aquella mañana de diciembre. Por un momento no fue consciente de dónde estaba. Creía que se encontraba aún en el desierto.

Estoy en casa de mamá, pensó, e inmediatamente después: ¿por qué hace tanto frío?

La chica, alta, morena, de ojos azules, se sentó en la cama. Al poner los pies en el suelo advirtió que las baldosas estaban heladas.

La cama gemela a la suya estaba revuelta. La bata azul de su madre reposaba en la banqueta del tocador. Al verse de refilón en el espejo se dio cuenta de que tenía el pelo enmarañado y la mirada cargada de sueño.

En el pequeño apartamento reinaba un silencio inusual.

—¿Mamá? —llamó sin obtener respuesta.

—¡Mamá! —volvió a gritar.

Una luz blanquecina se filtraba por entre las cortinas blancas. Otro día de niebla, pensó, mientras recordaba el sol que le había dorado la piel durante cinco días. Suspiró resignada y entonces se dio cuenta de las nubecillas de vapor que exhalaba por la nariz y por la boca.

El aire estaba tan helado como el que se adivinaba en el exterior. ¡Qué raro! Entró un momento en el baño. Inconscientemente tocó el radiador, quemaba. Salió y abrió la puerta del estudio, estaba vacío.

—¡Madre! ¿Dónde estás? —gritó mientras corría por el pasillo hacia el salón.

Sobre la alfombra de lana de colores vivos una maleta oscura, llena de polvo, estaba abierta. Vio un pieza de tela roja y negra en el suelo junto a un objeto plateado que parecía una botella de cuello alto y esbelto.

Enfrente, la gran cristalera que comunicaba con la terraza estaba abierta de par en par. Fuera, sentada de lado sobre el suelo húmedo y medio congelado, con los brazos cruzados sobre el pecho, como abrazándose a sí misma, vio a su madre.

—¡Por Dios! ¿Qué haces fuera con este frío?

La mujer no pareció advertir su presencia ni sus gritos. Gruesas lágrimas fluían de sus ojos y se mezclaban con la tenues gotas de agua que desprendía la espesa bruma.

—¡Mamá! ¿Qué te ocurre? ¡Contéstame! —gritó con la voz preñada de pánico.

La madre siguió ausente. Si no hubiera sido por el leve balanceo de su cuerpo, la joven hubiera pensado que estaba paralizada.

La hija la sacudió por los hombros para hacerla reaccionar.

—¡Vamos, levántate, vas a morirte de frío aquí fuera! ¡Vas a pillar una pulmonía!

Con las manos crispadas y un incontrolable temblor en las piernas, la chica cogió del brazo a la mujer al mismo tiempo que tiraba de ella para obligarla a levantarse.

La madre se dejó hacer. Se puso de pie con los brazos a lo largo del cuerpo, la mano derecha cerrada y apretada tan fuerte que sus nudillos estaban blancos.

María la sentó en el sofá color crema. Cerró la puerta y corrió a buscar una toalla y un pijama seco. Sus manos temblaban tanto que la pila de ropa ordenada cuidadosamente en una balda del armario empotrado cayó desparramada al suelo.

Corrió hasta el comedor. Su madre estaba fría como los cristales de hielo que brillaban entre su pelo mojado y pegado al cráneo.

Le quitó la ropa en un santiamén, la secó friccionando su piel con la gruesa toalla y la vistió. Volvió de nuevo a la habitación para buscar una manta con la que envolvió a la mujer, que continuaba llorando silenciosamente, sin consuelo.

La chica jadeaba, una mano de hierro le estrujaba la boca del estómago. Cálmate, cálmate, respira despacio y profundamente, se dijo, intentando controlar el inminente ataque de ansiedad que le aceleraba la respiración.

Se dirigió a la cocina contigua al salón. Rebuscó en un armario hasta que encontró la botella de brandy que su madre usaba para cocinar. Vertió un buen chorro en un vaso.

Se sentó al lado de la mujer, que continuaba inmóvil con la mirada fija en un punto indeterminado del televisor apagado.

—Tómame esto, mamá, te hará entrar en calor.

Le acercó el vaso a los labios y la mujer bebió a pequeños sorbos. Al cabo de un instante, un ligero toque rosado le coloreó las mejillas, hasta entonces extremadamente pálidas. Todos sus músculos parecieron relajarse, cerró los ojos, se recostó en el sofá y abrió la mano.

Algo metálico chocó contra el suelo a los pies de la chica. El sonido, que ella percibió como amplificado por potentes altavoces, la sobresaltó.

María nunca pudo recordar cuánto tiempo permaneció sentada en el suelo al lado de su madre, que, con los ojos cerrados, parecía dormida. El llanto había cesado, aunque profundos suspiros sacudían su pecho y hacían temblar la manta que la cubría.

Anochece cuando Helena se decidió a hablar. A pesar de que exteriormente parecía haber recobrado la calma, sus palabras sa-

lieron a borbotones enredándose unas con otras, desordenadas y deshilvanadas. Como un torrente que permanece seco durante años y que, de pronto, a causa de la lluvia se hincha y arrastra todo a su paso. Así emergieron los recuerdos y los retazos de una historia que era la suya propia.

Aquella noche de diciembre del dos mil siete, María se prometió que, costara lo que costase, iba a desenredar aquella madeja de evocaciones, pensamientos y sucesos que habían empezado en un lugar remoto hacía treintaisiete años, cuando ella aún no había nacido.

I

Nunca había pensado en mi madre como mujer hasta hace unos pocos años. Era solo mamá. Desde pequeña me di cuenta de que mi familia era diferente a la de los otros niños. Yo no tenía padre o, mejor dicho, lo tenía en una fotografía que estaba encima del aparador: un hombre de pelo negro, piel atezada y ojos azules que sonreía levemente. Cuando mamá me decía “eres igual que tu padre” podía hacerlo con ternura, con nostalgia o con reproche. Lo repetía un par de veces al día, cosa que también me decían los abuelos, una pareja de ancianos distinguidos y lejanos, a los que veía de tarde en tarde, cuando venían a nuestra ciudad o cuando, de más mayor, iba yo a la suya.

Siempre que venían a verme, digo a verme porque con mamá hablaban solo lo imprescindible, se alojaban en un hotel, porque nosotras dos vivíamos en un apartamento pequeño cerca de la estación y no había espacio.

Se saludaban con un ligero beso en las mejillas, yo diría que los labios no llegaban a rozar la piel, se preguntaban por su salud y eso era todo. Conmigo era diferente, querían saber cómo me iba en la escuela, a qué jugaba, qué comía, quiénes eran mis amigos. Me regalaban montones de cosas que mamá no podía o no quería comprarme. Me mimaban en exceso y mi madre lo permitía porque solo era una o dos veces al año.

De adolescente, mamá me ponía en el tren y me mandaba a la casa de los padres de mi padre para pasar unos días. Ella se quedaba en el andén y me decía adiós con la mano. Al regreso la encontraba en el mismo lugar y, si no hubiera sido porque la ropa era distinta, hubiera jurado que no se había movido de allí.

Mis abuelos vivían en lo que me parecía una mansión, acostumbrada a nuestro piso de dos habitaciones, salón comedor, cocina diminuta y baño. La casa en la que había nacido mi padre, el hombre de la foto, era de techos altísimos, grandes puertas acristaladas, pasillos largos y habitaciones enormes. Dentro de mi cuarto hubiera cabido nuestra casa y aún habría sobrado espacio.

Las paredes estaban llenas de cuadros, y las mesitas repletas de fotografías de su hijo, mi padre, en todas las épocas de su vida, de bebé, con seis o siete años, vestido de almirante en la primera comunión, de joven y de mayor, pero ninguna con mi madre.

No sé si me gustaba estar con ellos o no, nunca me lo planteé, simplemente era algo que tenía que hacer. En aquel caserón en el que envejecían ambos reinaba una atmósfera de tristeza de la que no sabía cómo zafarme. Era porque su único hijo, mi padre, había muerto, y ellos nunca lo superaron. Me doy cuenta de ello ahora, entonces solo sabía que mi abuela se pasaba el día hablando de Carlos. Nunca decía “tu padre”: siempre era que si Carlos tal o que si Carlos cual.

Mi abuelo, en cambio, permanecía en silencio mirándome con una leve sonrisa. Una vez le oí decir: “lástima que no hubiera sido un niño para poder seguir la tradición”.

Mi abuelo, su padre, su abuelo, el padre de su abuelo y hasta no sé cuántas generaciones habían sido militares de carrera, y mi padre también.

La abuela comentaba que era muy triste haber perdido a un hijo y no tener un lugar para ir a rezarle, a llevarle flores o a honrar su memoria.

Decían que papá había salido un día con su coche y que nunca más había regresado. Encontraron el jeep, pero de él ni

una huella, a pesar de haberlo buscado durante muchos días. Había sucedido, por lo que contaban, cuando yo tenía unos cuatro años, y ellos no me conocían porque mamá no quiso venir a la península para dar a luz y prefirió quedarse entre los nativos, en un hospital extraño y en un lugar dejado de la mano de Dios.

Aprendí las palabras *protectorado* y *península* antes de saber qué significaban. Las usaba en la escuela para presumir un poco delante de mis amigos.

Conservo entre mis primeros recuerdos una casa pintada de blanco, una ciudad llena de cúpulas y grandes espacios abiertos. No sé, en realidad, si son míos o prestados, porque crecí sabiendo que había nacido muy lejos, en un rincón perdido de África que mi abuelo me señalaba en un gran globo terráqueo que tenía en su despacho.

Me explicaban que había venido hasta Madrid en un Hércules. De allí nos habíamos ido a Burgos hasta que a mamá se le ocurrió la idea de marcharse a Cataluña, y los privó así, cruelmente, de disfrutar de su única nieta.

Mi madre no era una mujer cruel, al menos yo nunca había observado esta faceta en su carácter. Pero aquella dama alta y distinguida de pelo blanco azulado con los dedos llenos de anillos que le venían grandes decía que sí, que cuando nos mudamos fue como si mi padre hubiera muerto de nuevo.

El último verano en el que fui a visitarlos, tendría unos catorce o quince años, los encontré muy envejecidos, parecían incluso más bajos, no sé si porque yo había dado el estirón o porque ellos habían encogido.

Al invierno siguiente nos avisaron de que el abuelo había muerto. Al cabo de unos tres meses murió la abuela. Fuimos

con mi madre al funeral y después al cementerio. Recuerdo el hermoso panteón con dos ángeles de piedra que custodiaban la entrada y la placa de bronce que rezaba: *A la memoria de nuestro querido hijo Carlos.*